ORACION FUNEBRE

DEL Sr. D. FABIAN DE MIRANDA Y SIERRA,

CANONIGO Y DEAN

DE LA

Santa y Patriarcal Iglesia

DE SEVILLA,

PREDICADA EN LAS HONRAS

QUE EL ILUSTRISIMO CABILDO

CELEBRO EN SUFRAGIO Y MEMORIA DEL MISMO

el dia 13 *de Julio de* 1836,

EN DICHA SANTA IGLESIA

POR EL Lic. D. JOSE CLEMENTE MATEOS,
Cura del Sagrario de esta Santa Iglesia Patriarcal.

7987

SEVILLA:
IMPRENTA DE D. MARIANO CARO.

ECSORDIO.

Cognovit Israël a Dan usque Bersabee, quod fidelis Samuel Propheta esset Domini. Lib. 1.° Reg. c. 3.° v. 20.

El Señor D. Fabian de Miranda y Sierra, Canónigo y Dean de esta Santa Iglesia, ya no ecsiste; desde la elevada silla que ocupaba, ha descendido á los horrores del sepulcro; yace aquel corazon agitado un siglo por el estímulo poderoso de la caridad, y este acontecimiento triste ha cubierto de luto los corazones sensibles á los atractivos de la virtud. El pupilo, el pobre y la viuda, lloran la pérdida de su protector, de su padre y de su amigo. Los amantes de las letras han perdido un sábio; los artistas un protector, los sacerdotes un modelo, el pueblo un padre, y este Ilustrísimo Cabildo una cabeza digna de tan respetable cuerpo.

No es la vanidad, que se vale de la Religion, para desahogar sus ridiculos deseos; no es el orgullo, que hace ostentacion de la magnificencia, para satisfacerse á sí mismo lo que nos reune hoy al rededor de esta tumba, es sí el dolor que nos ha causado su pérdida irreparable; el olor de sus virtudes, y el aroma de su caridad nos atraen dulcemente al pie de los altares, para llorar nuestra desgracia, para tributar el homenage debido á la memoria de este varon respetable, y ofrecer sacrificios por la felicidad eterna de su espíritu.

Lloremos pues, que es digna de llorarse la muerte del justo. El es un egemplar vivo, que demuestra la santidad de la religion, que le ha formado; un mediador entre Dios y el pueblo, es la luz del mundo, el apoyo del débil y un bálsamo consolador para todos los afligidos. Hagamos público nuestro dolor, pero no sea nuestra tristeza semejante á la de aquellos que no tienen esperanza. (1)

Llore en buen hora el impío sin consuelo, á cuya vista todo perece en la entrada del sepulcro; pero mitigue la esperanza nuestro dolor. Los cristianos nos entristecemos, decia el P. S. Agustin, (2) en la muerte de los nuestros, por la necesidad de perder á los que amabamos, pero con la esperanza de poseerlos de nuevo. La fé nos consuela en su pérdida, y las Divinas promesas nos sirven de apoyo en nuestra desgracia.

En efecto, todo cuanto nos rodea es un lenitivo de nuestro dolor. Esas luces, esos cánticos sagrados, esa víctima que acaba de sacrificarse sobre el altar; todo nos recuerda que el cristiano no muere, sino para vivir en la eternidad, que es bienaventurado el que muere en el Señor, y que la Iglesia acompaña á sus hijos mas allá del sepulcro, y hasta el seno del mismo Dios, en el cual presenta por ellos sus oraciones y sacrificios.

Tales son las ideas, con que la Religion nos consuela en la pérdida de esos hombres estraordinarios, que son las delicias de su patria, el adorno del santuario, y los depositarios de las bendiciones del cielo. ¿Y podremos colocar en el número de estos hijos de bendicion al Señor Dean de esta Santa Iglesia? No permitais

(1) *Ne contristemini sicut et ceteri, qui spem non habent.*
(2) *Sermone 32 de verbis Ap.*

Dios mio, que yo profane hoy la santidad de vuestra Divina palabra. Detened mi brazo si atrevido avanza á rasgar el velo sagrado, que oculta vuestros Divinos consejos. No. No calificaré yo las virtudes de este Sacerdote fiel. Dios las ha pesado ya en la balanza de su justicia, y la Iglesia sola es depositaria de aquel espíritu, que sabe entrar hasta el corazon, y registrar y dicernir sus ocultos senos; mas habiéndosenos dado juzgar del árbol por sus frutos, frutos de bendicion recogimos de este árbol plantado en la casa del Señor.

Su virtud no solo ha sido conocida en esta ciudad, lo ha sido en toda la nacion. El nombre del Señor D. Fabian de Miranda, era pronunciado con respeto y veneracion en las ciudades, como en las aldeas, en la corte, como en las provincias, en las cabañas del labrador, como en los palacios de los grandes: y todos sabian, que era un Sacerdote fiel, lleno de celo y de piedad por la casa del Señor, síncero, manso y humilde, y un Canónigo cuya caridad no tenía límites. *Cognovit Universus Israel* &.

Samuel dedicado desde sus primeros años al servicio del Tabernáculo, digno de la confianza del Cielo por su inocencia, depositario de la dignidad Sacerdotal por la reprobacion de Helí, se instruye en la ciencia de la Ley, enseña al pueblo sus preceptos, ceremonias y sacrificios, respeta y hace respetar la santidad del culto, se constituye mediador entre Dios y el Pueblo, del que se declara Padre y Protector: no podia menos de ser reconocido por todo Israel como fiel Profeta del Señor. *Cognovit* &.

Nuestro Ilustre difunto parece delineado en los rasgos que distinguieron á aquel Profeta de Israel; dedicado al servicio del templo, respetó é

hizo respetar la santidad del culto, se instruyó en la ciencia de la Religion para comunicarla al pueblo, se constituyó mediador entre Dios y los fieles, y se declaró padre y protector de todos los afligidos. Era preciso que fuese conocido en la tierra como un fiel Profeta del Señor.

Para consolarnos de su pérdida, acordémonos de sus virtudes. Yo veo en él un Sacerdote fiel, y un Canónigo perfecto. Este es un espectáculo digno de vuestra piedad. ¡Ojalá sepa yo delinear con perfeccion este cuadro tan bello!

Dios y Señor mio, Autor y Dispensador de la Sabiduría, dignaos inspirarme ideas y palabras dignas de vuestra gloria, y propias para la edificacion de los fieles. Imploremos esta gracia por la intercesion de la Santísima Vírgen.

AVE MARIA.

PARTE PRIMERA.

El Sacerdote fiel á su vocacion debe instruirse en la ciencia de la Religion, de la que es el depositario para comunicarla al pueblo y serle útil con su doctrina; debe edificarle con su ejemplo, para hacerle respetable y amable la práctica de las virtudes cristianas: cualidades que se reunieron en nuestro ilustre difunto, y le hicieron amado de Dios y de los hombres.

Su doctrina. Adquirirla fue el primer cuidado de su vida. Nacido de unos padres ilustres y piadosos, tuvo la dicha de que su corazon sensible y su natural dócil recibiesen las impresiones de la sabiduría y de la virtud, casi siempre fecundas en la primera edad: y asi es, que apenas se desarrolló su razon, procuró ilustrar su espíritu con los conocimientos que podian elevarle á Dios, y hacerle útil á la Iglesia, en cuyo seno, aunque humilde, se propuso vivir, mas bien que habitar con gloria en los Tabernáculos de los pecadores. Instruido por la piedad de sus padres en los principios sólidos de la Religion, se dedicó al conocimiento de las ciencias humanas, que poseyó de un modo no vulgar, como lo acredita la benevolencia con que fue admitido en diferentes Sociedades Científicas del Reino. La de Canónes, Historia y Liturgia de Madrid, y la de Amigos del pais de esta Ciudad

se apresuraron á honrarse admitiéndole en su seno.

¿Se dirá que los Eclesiásticos reprueban el conocimiento de Filosofía, de las ciencias ecsactas, y de las bellas letras? ¡Que injusticia! No. La Religion no las reprueba. Las letras sagradas las recomiendan, los SS. PP. y los Doctores trabajaron por adquirirlas, y la Iglesia las considera como aucsiliares útiles para la ciencia de la Religion: lo que esta quiere, y por lo que clama el P. S. Bernardo, es porque se estudie y aprenda con un deseo ordenado y justo, y con un fin santo.

En efecto. Es la mayor locura de los hombres buscar en el ecsamen de la naturaleza las pruebas contra la ecsistencia de su Criador: indagar las leyes del Universo para burlarse de la sabiduría que las ordenó: y analizar los beneficios, que nos dispensan los Cielos y la Tierra, para desconocer la bondad, que tan liberalmente los comunica. Esto es lo que se llama en la Sabiduría, (1) caminar por sendas difíciles, en las que es preciso afanarse, y sufrir privaciones, trabajos y penalidades, para encontrar al fin una sombra que huye, y un fantasma que desaparece. El sábio que marcha por el camino espacioso, que le conduce al conocimiento de Dios y de la virtud, halla placer en su mismo trabajo, consuelo en sus investigaciones, y en cada secreto que arranca á la naturaleza, un nuevo motivo para adorar la causa universal de todas sus leyes: en su contemplacion descansa y se recrea, pasa unos dias serenos, y sin recelo ni temor atraviesa el sepulcro, y se lanza en la eternidad.

(1) *Ambulavimus vias difíciles, viam autem Domini ignoravimus. Sap. cap. 5. v. 7.*

Este deseo, esta esperanza era el móvil poderoso que agitaba la constante aplicacion de nuestro difunto, y con estas disposiciones se dedica á la ciencia de la legislacion, de la que son una parte principal los Cánones de la Iglesia. En ellos aprendió el régimen de esta sociedad celestial, su fe, su espíritu, sus costumbres, sus Sacramentos, su disciplina, su gerarquía, su autoridad, su historia, su fin: se enamora de la hermosura de esta hija de Jerusalen, se inscribe entre los Levitas, y el celo religioso con que desempeñó este ministerio, le eleva al Sacerdocio.

Como centinela en la casa de Israel, y destinado á la defensa del Templo, el deseo que principalmente manifiesta, es el de comunicar su ciencia para hacer conocida y amada de todos una Religion, de cuyo espíritu se hallaba poseído.

Cuando Dios es el principio y el fin de nuestra enseñanza, ¡qué frutos tan saludables, tan dulces y tan abundantes causa en el corazon, que con docilidad la recibe!

Sevilla: tú fuiste participante de los primeros frutos de este ministerio Sacerdotal. Un Pontífice respetado por su virtud y por su ciencia, (1) que dejó impresas en Tarragona las señales de un celo apostólico, que le continuó y vino á concluir sus dias en tu seno, se formó por las lecciones del Sacerdote, cuya muerte lloramos en este dia.

¿Son de esta clase los discípulos que forman los Maestros de la impiedad y de la mentira? Estos dan siempre frutos de maldicion y de muerte. Aun en la ciencia misma de la Legislacion,

(1) *El Excmo. Sr. D. Romualdo de Mon y Velarde, Arzobispo de esta Diócesis.*

¿qué discípulos útiles podrán formarse sin el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría? ¿Serán bastantes la rectitud natural y el deseo de gloria, para que sean amantes de la justicia? La justicia es un nombre vago y sin significado, sino la regúla la conciencia: las pasiones jamas han producido virtudes. Durarían solo el tiempo que durase la pasion que las impera, y cuando un interes contrario obrase mas poderosamente en el corazon, se atropellarían todas las reglas, y sería la justicia tan vaga y tan incierta, como nuestras pasiones y deseos.

Cuando Dios no preside al Universo, tanto fisico como moral, todo desaparece: el mundo es un caos, y un fantasma la virtud: por eso nuestro ilustre difunto busca su ciencia en Dios, y registra cuidadosamente los libros Santos. Libros celestiales, en los que el hombre aprende la nobleza de su origen, el principio de sus desgracias, y el remedio de sus males. Allí admira las maravillas de la creacion, los misterios de la bondad de Dios para con el hombre, los portentos de su Omnipotencia, el órden de su Sabiduría, y los cuidados paternales de su Providencia. El lenguaje valiente y las ideas sublimes de los Profetas le elevan y le recrean, las lecciones de la Sabiduría se graban profundamente en su alma, y el Evangelio y S. Pablo forman su corazon. ¡Qué diferente es este manjar celestial de ese alimento grosero y venenoso, que hoy devora la incauta juventud! ¡Con qué horror miraba este sábio Sacerdote esos folletos obcénos, impíos y fanáticos, con que una ciencia pagana trastorna todas las ideas, corrompe el corazon, desencadena las pasiones, y transforma á el ser mas noble del Universo en un animal inmundo y feroz! Su alma verdaderamente cristiana se horroriza

á vista de los Idolos, que unos Profetas engañosos ofrecen á la adoracion de la multitud, y arroja de sí con indignacion las lisonjeras sugestiones del vicio. La moral del Evangelio es la que llena su espíritu y su corazon, y de sus lábios brota como una fuente de agua cristalina, abundante y pura, que fertiliza los valles, las campiñas, y aun los terrenos incultos por donde pasa. ¿Quién tuvo la dicha de gozar de su conversacion, que no participase en ella de la abundancia de la doctrina celestial que inundaba su alma? Dios, la Religion, la necesidad de la virtud, las consecuencias funestas del vicio, la santidad de nuestros misterios, la paz, la caridad, la prosperidad pública, estas eran las voces que contínuamente se oian en sus lábios, y eran la sal con que condimentaba la tierra, y la luz con que la iluminaba.

Si nos fuera posible levantar de la tumba á los que oyeron sus lecciones en la Ciudad de Oviedo, donde resonó por primera vez la voz de este Maestro cristiano, á los que escucharon la pureza y abundancia de su doctrina en Ávila, Cuenca, Toledo y Zamora (1), ¡ah! ellos nos manifestarían la admiracion y profundo respeto, que se vieron precisados á tributar á este sábio formado en la Escuela de Jesucristo. ¿Pero qué necesidad tenemos de invocar á los muertos, y de turbar su reposo, cuando nosotros mismos somos testigos de sus profundos conocimientos y de su aplicacion constante, aplicacion que sostuvo hasta el fin de su prolongada vida (2)? No era el orgullo, la ambicion, ni la curiosidad quien sostenia este deseo tan ardiente de la sabiduría:

(1) *Hizo oposicion á Canongías de oficio en estas Catedrales.*
(2) *Murió á la edad de noventa y ocho años, ocho meses y veinte y siete dias.*

ese es patrimonio de los hipócritas que aman las distinciones, y quieren ser llamados Maestros por los hombres. La gloria de Dios, y su propia santificacion eran el fin que se proponia, y así es, que la oracion era el principio de sus trabajos científicos.

Siendo Dios el autor de todos los dones, y el primero de estos la sabiduría, en vano la busca, el que no le invoca: será un reptil, que arrastrando por la tierra se alimentará con lodo, y ni aun podrá levantar sus ojos para mirar el Trono, de la que ecsiste en los Cielos. Así lo habia conocido el Sr. Dean, y la oracion fue la ocupacion privilegiada de su vida. Díganlo sus domésticos, que le veían abstraído y retirado en su aposento en comunicacion casi contínua con su Dios: hablen las Capillas de este Templo, en las que se postraba á presencia de Jesucristo Sacramentado, y por horas deshacia su corazon en dulces lágrimas, pidiendo al Padre de la luz, la que necesitaba su alma. En este libro oculto á la vista de los profanos, fue donde aprendió aquellas verdades profundas que tanta fuerza adquirian en sus lábios; se rompian á su vista humillada los sellos del libro del Cordero, y adoraba lleno de reconocimiento los misterios consoladores obrados por medio de Jesucristo. Desde la obscuridad magestuosa de este Templo, solo veía á Dios en el Universo, los honores, los títulos, las grandezas, el oro, las victorias.... todo lo ve hundirse en la nada del sepulcro: hasta los cielos y la tierra se deshacen en su presencia, y solo advierte en el seno de Dios á Jesucristo rodeado de Tronos inmortales, que llama á los Justos, para coronarlos por Reyes, Reyes para siempre.

¿Qué os parece ese Sacerdote humillado, in-

vocando la sabiduría de Dios ante los altares de este Templo? ¿Podrán compararse con él los Sacerdotes del paganismo? Voltaire afectando una vanidad ridícula en Fersney, escupiendo al Cielo, y ecshortando con furor á la impiedad y al libertinage: Rouseau en Ginebra aparentando respetar una virtud que deshonra con su conducta, envuelto en paradojas y contradicciones eternas: y todos los Maestros de la impiedad revolcándose en ideas de carne y sangre, procurando cortar el noble vuelo con que el espíritu humano se dirige á los Cielos, y circunscribirle á revoletear al rededor de cadáveres por el tiempo incierto y siempre corto de la vida presente... Cotejadlos con este Sacerdote católico, y juzgad.

La luz que aquellos comunican es semejante á la de un relámpago, que en una noche tempestuosa deslumbra al viagero, y le abandona al momento á merced del precipicio. La virtud que aconsejan es semejante á un agua estancada, que ha recogido la ponzoña de los animales del desierto, que ofrecida á un caminante fatigado por los ardores del Sol, bebe con ella la muerte: y la felicidad que tan encarecidamente prometen, es un mar embravecido, que agita furiosamente sus olas, juega con la nave, se divierte con su peligro, y cansado ya de su peso, la estrella en el escollo, y se la entrega al abismo.

La luz que comunica la ciencia de este Sacerdote fiel, es una antorcha que brilla con resplandor inecstinguible en la casa del Señor. No se precipitará, el que dirija sus pasos por el camino marcado por sus rayos luminosos. Su virtud es una fuente perenne, cristalina y pura, que refrigera, y da la salud y la vida: y la felicidad que promete es un puerto seguro y delicioso, desde el cual se insulta sin peligro la bravura

del mar, y se goza de todas las comodidades y delicias de la vida. Este lenguaje que es el de los Profetas, es el de la verdad, y para convencernos, veamos los hombres que forma la sabiduría cristiana en la vida del Sr. Dean, la cual nos dará un pleno convencimiento.

La Religion cristiana siempre ha producido hombres celestiales, la virtud que ella inspira, brilló desde la cuna del cristianismo con un resplandor tan puro, que escitó la admiracion de cuantos la observaron en los primeros discípulos de la Cruz, y aunque no siempre hayan merecido todos los cristianos el nombre de Santos, con que los calificaba en su tiempo S. Pablo, nunca han faltado verdaderos adoradores en Sion. El espíritu que descendió sobre la Iglesia recien establecida, descendió para habitar con ella para siempre, y aunque la corrupcion general haya obscurecido algun tanto en épocas diversas la hermosura de esta esposa del Cordero, su gloria interior permanece pura y sin mancha. Constantemente comunica su espíritu, y da á luz hijos dignos de la santidad, á que ha sido llamada por su divino fundador. Tal ha sido en nuestra época el Ilustre Difunto que lloramos, en el cual hemos visto un Sacerdote, digno de los primeros siglos del cristianismo.

Un siglo entero ha sido testigo del cuidado con que celó su alma, para preservarla de la corrupcion y adornarla con la gracia y con las virtudes. El abrió los ojos á la luz en el año de 1737, época desgraciada, en la que los apóstoles de la impiedad llamaban á la juventud, con voz atrevida al desórden y al libertinaje, mas la gracia le previno, y una educacion piadosa y cristiana, derrama en su corazon la semilla del temor de Dios, le anima con la esperanza de las

promesas cristianas, y le pone en el camino de la felicidad eterna.

Consagrado desde sus primeros años al servicio del Templo, y elevado al Sacerdocio, no se olvida que ha sido ungido para sacrificar. Todos los dias se acercaba al Ara santa, para ofrecer á su Dios la única víctima que le agrada, y siendo esta santa é inmaculada, se preparaba y purificaba por medio del Sacramento de la Penitencia, para hacerse digno de la presencia de un Dios infinitamente Santo. En ese altar desahogaba los afectos piadosos de su alma á la vista de Jesucristo sacrificado, cuya humillacion le arrancaba lágrimas de gratitud, y hacía á la tierra digna de nuevas gracias por el fervor con que las implora. Su recogimiento, su modestia y la humildad, con que egerce el acto mas terrible de nuestros sagrados misterios, comunica un temor religioso á cuantos presencian el sacrificio. ¡Qué accion de gracias tan prolongada y tan humilde! Hincado de rodillas, y otras veces postrado en tierra, ecsala en presencia de su Dios los suspiros de un corazon reconocido. Mas de una hora ocupaba en esta actitud humilde, en admirar la bondad infinita de su Dios, en ponderar su propia nada, y en tributar alabanzas á la grandeza de su Señor. ¿No parecía en este acto uno de aquellos veinte y cuatro Ancianos, que vió S. Juan (1) postrados ante el Trono del Cordero, que le adoran y le invocan, y arrojan á sus pies la corona que ceñía su frente? No interrumpió jamas este acto tan propio del Sacerdocio, sino por algun impedimento legítimo, en cuyo caso hacía celebrar en su presencia. Aun en estos últimos años, en los que la debilidad de los sentidos le impedia cumplir con los deseos de su co-

(1) *Apoc. cap. 4. v. 10.*

razon, celebraba los dias festivos, y todos, hasta el penúltimo de su vida, y desde el lecho de la muerte, asistió al Santo Sacrificio, ocupado de la contemplacion de los misterios inefables, que nos recuerda. ¡Cómo reprendia con esta piedad sublime y con esta devocion humilde á los Sacerdotes tíbios é inconsiderados la falta de temor y respeto con que se acercan al altar! ¡Qué ejemplo para los fieles, que vienen al Templo y asisten á los actos de Religion, como á un espectáculo profano, tratando con indiferencia, y ojalá que no con desprecio, al Dios á quien aparentan adorar! Estos escándalos afligían su religioso corazon, y lloraba en secreto la ceguedad de los que, abandonando la profesion que hicieron en el Bautismo, se avergüenzan de adorar á su Dios, y se postran humillados ante los Dioses de Babilonia.

Creyéndose mediador entre Dios y el Pueblo, y temeroso de merecer la reprobacion, que procuraba alejar de los fieles, castigó su carne para sugetarla á las reglas del espíritu. La disciplina, el cilicio y el ayuno eran en sus manos medios de santificacion: observador tan ecsacto de éste último, que en una edad en que la Iglesia dispensa su observancia, la debilidad de la naturaleza, y la calma de las pasiones le hacen como inutil, era para él necesario y obligatorio. Un alma tan pura, que segun el testimonio de sus Directores, jamás fue manchada por las inmundicias de la carne, sufría el castigo que el pecador reúsa, y que mira con cierta ojeriza la delicadeza de nuestro siglo. Sabía el Sr. Dean que la vida del cristiano es una vida de mortificacion, y que para ser glorificado con Jesucristo, es necesario padecer con él: y así es, que ese anciano venerable, que encorvado bajo el peso

de los años, caminaba entre nosotros con semblante sereno y apacible, era á los ojos de Dios una víctima destinada á aplacar su Justicia, uno de aquellos justos que apagan los rayos dirigidos contra la tierra, y hacen sentir los efectos de la Divina Misericordia en los pueblos. ¡Ojalá que su muerte no sea para nosotros un anuncio fatal de ruinas y de desgracias!

Porque si es cierto que Dios oye al humilde, ¿quién no admiraba esta rara virtud en nuestro respetable difunto? Aquel esterior sencillo, aquel vestido pobre, aquella amabilidad y dulzura, aquella complacencia en tratar con los humildes y pequeñuelos, no eran mas que la fachada del hermoso palacio que habia preparado á esta virtud en su corazon. Cuando dentro y fuera de España se conocian y celebraban sus virtudes evangélicas, él solo las ignoraba, y así es, que en medio de la resignacion y de la paz con que esperaba la muerte, manifestó el deseo de que Dios alargase sus dias. ¿Y para qué? *Para enmendar mi vida.* Esta fué su respuesta. ¡O varon verdaderamente humilde! ¡Qué conocimiento tan profundamente bajo habia formado de sí mismo, cuando no veía en sí sino defectos que corregir, y pecados que llorar! Por eso fue por lo que jamás se consideró digno de las singulares distinciones con que le honraron los Prelados, y aun el Rey mismo. Ninguna consideracion pudo doblarle á recibir el yugo del Apostolado. ¡Qué felices hubieran sido las Diócesis de Málaga y de Burgos, sino hubiera sido tan profunda su humildad! Nombrado Obispo de la primera, y Arzobispo de la segunda, en nada contó con sus talentos, sus virtudes, y su doctrina; y solo vió sus defectos, y su debilidad: la gravedad de las obligaciones, y los peligros del Episcopado.

Renuncia éste honor, del que no se considera digno, y permanece entre nosotros, para que viésemos en él un anciano convertido en un párvulo, como lo deseó Jesucristo: con aquella sencillez y con aquella dulzura que le hacía para todos accesible, para todos amable, llevando en su frente la espresion del candor y de la inocencia. Porque no era la virtud del Sr. Dean de aquellas que se envuelven bajo esterioridades misteriosas, y ocultan su hermosura y su decoro; semejantes á una nube de primavera, que obscureciendo repentinamente la atmósfera, aterra á los habitantes de una Ciudad, porque ignoran si viene cargada de una lluvia benéfica, ó de una tempestad horrenda. La virtud de nuestro Ilustre Difunto se dejaba entrever en su semblante á la manera que por entre ligeros celages se descubren sin que molesten los rayos del sol, de un sol jamás obscurecido por las tempestades de la ira.

Si la virtud es tanto mas recomendable, cuanto deben ser mayores los esfuerzos para alcanzarla, ¿cuán preciosa deberemos juzgar la constante paciencia de nuestro difunto? Un genio vivo, una constitucion fuerte, y un temperamento colérico fueron dones amargos que debió á la naturaleza: este fue un enemigo con el que tuvo que combatir todos los dias de su vida: este, el Angel de Satanás con el que debió ejercitarse en la lucha, lucha que sostuvo con gloria, y de la que salió vencedor por su fiel correspondencia á la gracia. El humilló á este enemigo orgulloso, y si alguna vez astuto le sorprende, acometiéndole con traicion, pronto volvía sobre sí, con esfuerzo varonil le sujetaba y tornaba á la calma y á la tranquilidad. Vosotros los que tuvisteis la dicha de tratarle, ¿le visteis alguna vez agitado por

esa furia infernal? ¿Se dibujó alguna vez en su semblante la imagen del furor? ¿Salió de sus lábios alguna voz menos decente, ó tal vez injuriosa? No. Al primer ataque de su enemigo sucedía la paz. ¡O paz preciosa! ¡Qué imperio tan dulce obtuviste en su corazon! Este don inestimable, que con tanto trabajo se proporcionaba á sí mismo, deseaba fuera el patrimonio de los demas. Fue inalterable en su familia, en la que procuró establecerla, y así es, que si sus criados se inquietaban alguna vez, les decía estas memorables palabras. ¿*Es posible que yo os sufro á todos, y vosotros no podeis sufriros á vosotros mismos*? ¡O Angel de paz! Tú gozarás de la paz eternal de los justos. ¿Y cómo no? cuando él atrajo sobre sí todas las bendiciones y todas las promesas con que los Libros Santos consuelan al varon misericordioso.

Una alma noble, generosa y sensible sobre la que se derrama el bálsamo de la caridad cristiana, esta era la del Sr. Dean. Parecía llevaba en su corazon á todos los hombres, los miraba á todos como á hermanos, y se compadecía de las miserias de todos: este era el pensamiento, que le agitaba de contínuo, éste, este el sentimiento que principalmente le dominaba: este el caracter que acompañaba á todas sus obras: el que le ha merecido las bendiciones de la tierra, y el que le habrá preparado la misericordia en los Cielos.

La patria fue siempre un objeto constante de su amor y de su solicitud: no contento con edificarla con su ejemplo, ofrecer sacrificios y levantar sus manos al cielo, haciendo votos por su prosperidad y su gloria, prodigaba sus bienes para estimular al trabajo y fomentar la industria en el pueblo. ¡Con qué alegría tan pura armaba los brazos de un jornalero con los instru-

mentos propios de la labor! ¡Con qué júbilo auxiliaba á un traginero arruinado por la desgracia! ¡Con qué contento visitaba, celebraba y protegía los establecimientos de la industria! Celoso de la prosperidad de su Nacion, veía con tédio ese lujo insensato, que hace ostentacion de lucir en su patria los productos de la industria estrangera: sus vestidos y los de sus domésticos, los muebles de su casa, hasta sus usos y sus modales, todo habia de ser Español. ¡O Patria adorada! Si tales fueran tus hijos, ¡qué espectáculo tan grandioso ofrecerías al viagero observador! Contemplaría admirado la riqueza y la abundancia de tu suelo, la hermosura de tus ciudades, la gravedad amable de tus moradores, y las costumbres venerandas de nuestros padres, en vez de la pobreza que nos devora, del abatimiento que nos oprime, de unas costumbres frívolas, y de una afectacion ridícula de imitar lo estrangero, que nos seduce y corrompe. Yo no sé por qué fatalidad vienen á España los libros frívolos y pestilenciales que se escriben en todos los puntos del globo, y se devoran; los científicos, los sólidos y religiosos son pocos los que los conocen: vienen los usos, y reprobamos las buenas costumbres: hasta nos digustamos de la gravedad dulce y armoniosa de nuestro idioma, por no parecer en nada Españoles.

No así nuestro Dean, que separaba su vista de todo lo que podia corromper las ideas y las buenas costumbres, y solo veía en el estrangero lo bueno que posee, y deseaba verlo aclimatado en su patria: por eso les trataba con tanta dulzura, y aun con amistad. Yo asistí á su lado, cuando bendecía el matrimonio de la hija de un belga, y le ví tratarle con amistosa familiaridad porque habia venido á plantar en España la in-

dustria de su Nacion (1), y para manifestar cuan agradable le era el amor al trabajo, tocaba amorosamente las manos encallecidas del jornalero, para estimularle á continuar en su penosa, pero útil ocupacion. Mas sabiendo que la prosperidad temporal no es mas que un medio, del que se debe usar para conseguir la eterna, inspiraba el celo por la conservacion de la fe, de la piedad y de las buenas costumbres, porque no es feliz el pueblo, como decía David (2), cuyos hijos en la juventud se visten como plantas verdes y lozanas, cuyas Matronas se adornan como templos, cuyos tesoros están llenos, cuyos rebaños son fecundos, cuyas cercas están sin ruina ni portillo, y en cuyas plazas no se oye el clamor doloroso del mendigo; es sí feliz el pueblo, que reconoce á Dios por su Señor: el que es morigerado y sóbrio, y se egercita en la piedad: y estos eran los sentimientos que procuraba inspirar, desplegando al mismo tiempo aquella compasion tan tierna, que se apoderaba de su alma á vista de la miseria pública, aquella caridad tan generosa, con que enjugaba las lágrimas de todos los necesitados. El fue consuelo de los afligidos, él alivio del enfermo, él socorro del menesteroso, él apoyo de la viuda, y no desamparó al pupilo en su horfandad. Del pobre fueron todos sus bienes y los derramó en su seno; pero esto pertenece al segundo punto, en el que veremos á un Canónigo perfecto.

(1) *La fábrica de tegidos en Tablada á cargo de los Sres. Rasilla y Compañía, la que visitaba con frecuencia.*

(2) *Psalm.* 143. *v.* 13. *et seq.*

PARTE SEGUNDA.

El Canónigo es un auxiliar del Obispo, pues que pertenece á su consejo, un Sacerdote destinado al servicio del culto público en la Iglesia Catedral, y un dispensador fiel de los bienes de la Iglesia: obligaciones que fueron desempeñadas dignamente por nuestro Ilustre Difunto.

Los setenta ancianos que mandó Dios á Moisés, eligiese para que le auxiliasen en el desempeño de sus graves y estensas obligaciones, los setenta y dos Discípulos que Jesucristo agregó al número Apostólico, el Clero de la Iglesia primitiva reunido á la Cátedra Episcopal, de la que cada cual recibía la mision que debia desempeñar cerca de los fieles, son hoy representados por los Sacerdotes destinados en la Iglesia Catedral, los cuales no pueden dispensarse de cumplir las obligaciones, que les impone tan noble origen, y que han sido sancionadas por las leyes de la Iglesia. Así lo conoció el Sr. Dean, y á pesar de haber obtenido en Zamora una Prebenda con oficio determinado, fue todo de su Obispo, para ayudarle á llevar la penosa carga de su ministerio. Obtuvo comisiones importantes, que desempeñó con celo, y como si esto no fuera bastante para su grande espíritu, entró á la parte de la solicitud Pastoral del Metropolitano de Santiago, que le nombró Provisor, Gobernador y Vicario general de las Vicarías de Alva y Aliste. Aquí

principió á darse á conocer la integridad, la rectitud, el desinterés, la prudencia, y aquel amor á la Justicia, que constituían el fondo de su caracter, y debian brillar despues en un teatro mas noble y espacioso.

Sevilla, tú gozaste de las virtudes, que desplegó este varon estraordinario en los diferentes encargos, con que le honraron tus Pontífices. Tú fuiste testigo de la docilidad con que se prestó á auxiliarles en el grave desempeño de su ministerio Pastoral. El Emo. y Escmo. Sr. D. Francisco Javier Delgado y Venegas, dignísimo Arzobispo de esta Diócesis, y justo apreciador del mérito, le nombró su Provisor y Vicario general, confiándole la administracion de justicia en esta vasta y dilatada Provincia: igual encargo recibió del Escmo. Sr. D. Alonso Marcos de Llanes, cuya memoria es grata entre nosotros. Y el Emo. y Escmo. Sr. D. Luis de Borbon, le nombró subdelegado general para la administracion de este Arzobispado en la época mas dificil (1): de forma, que parecía ser la única columna destinada á mantener la augusta dignidad del templo.

¡Qué dignamente correspondió á esta tan distinguida confianza! La prudencia y la dulzura presidían á sus deliberaciones, y la compasion mas tierna acompañaba los actos severos de la justicia. ¿Qué habia de poder el interes con un Canónigo, que no apeteció las riquezas, sino para remediar las desgracias agenas? ¿Qué ascendiente podia tener el respeto humano con un Sacerdote, que estaba poseído del temor y respeto de la justicia Eterna? ¿Qué habian de poder las lágrimas ni los ruegos sobre un corazon, que aunque estremadamente tierno, y compasivo, estaba dominado por un espíritu inflecsible, que jamas

(1) *En el tiempo de la dominacion Francesa en esta Capital.*

cedía cuando se trataba de los derechos de la justicia? Al mismo tiempo que hacía honor á la Magistratura Eclesiástica, y suave á sus Prelados; el peso de su ministerio, recomendaba la justicia, esa virtud que afianza los tronos, hace feliz al pueblo, y establece la paz en la tierra.

Estas relevantes prendas públicamente reconocidas y acatadas, le proporcionaron encargos aun todavía mas penosos. El Cabildo, depositario de la autoridad Episco al por la renuncia que hizo de la admin strac on de este Arzobispado el Emo. y E.cmo. Sr. D. Luis de Borbon, le nombró su Vicario capitular y Gobernador de la Diócesis. Ya pesan sobre él todas las obligaciones del Apostolado. Está en sus manos el depósito de la fe, debe ejercitarse su celo en mejorar las costumbres, en conservar y hacer respetar la disciplina de la Iglesia, la enmienda de los abusos, la correccion de las faltas, el castigo de los delitos. ¡Con qué celo desempeñaría tan sagradas funciones, cuando mereció de este Ilmo. Senado un nombramiento igual en la vacante causada por la muerte del Escmo. Sr. D. Romualdo Mon y Velarde! En una y otra ocasion como Pastor vigilante atendió á las necesidades de su grei, la defendió de las malas doctrinas, y la alimentó con pastos saludables. Jamás abandonó á manos estrañas el báculo pastoral: por sí mismo ecsaminaba las causas y los negocios, miraba el ócio con horror, y jamás se rindió á los atractivos de la pereza. Siempre vigilante, siempre solícito, jugaba las dos manos con la destreza de Aod: con la una reparaba las brechas del templo, y con la otra le defendia de todos sus enemigos. En mi poder está un testimonio público con que el Supremo Consejo de la Nacion recomienda la prudencia, con que manejaba nego-

cios difíciles y comprometidos con la autoridad temporal. Este Ilmo. Cabildo, y los fieles de toda la Diócesis celebran y publican el celo con que llenó sus penosas obligaciones. ¿Pero no habia de ser firme apoyo de la Cátedra Episcopal, el que era religioso observador de las leyes de la residencia, y que contribuyó tan poderosamente á mantener el culto público el decoro del templo?

La residencia tantas veces mandada, y constantemente recomendada por las leyes de la Iglesia, impone al Canónigo la obligacion de asistir material y formalmente á cantar en el coro las Divinas alabanzas, y á los demas actos públicos de la Religion, que se celebran en la Iglesia Catedral.

Con una constancia escrupulosa observó nuestro Difunto esta obligacion tan esencial. V. S. Ilma. es testigo, de que no hubo circunstancia capaz de retraerle de este ejercicio tan amado de su corazon. Ni las lluvias, ni los frios, ni los ardores de este clima abrasador eran bastantes para detenerle: no ya en aquella edad vigorosa, en que su temperamento fuerte y sano le hacía despreciar el rigor de las estaciones; sino aun en esa edad avanzada en que la naturaleza se resiente de impresiones violentas, y en la que por los estatutos de esta Sta. Iglesia estaba dispensado de cumplir con la ley, ninguna consideracion fue bastante para que se creyese dispensado á sí mismo. V. S. Ilma. tuvo mas de una vez que usar de dulce violencia, para retirarle de su seno, en el que caminaba para acompañar actos públicos religiosos por las calles de la Ciudad, receloso de que pudiese sobrevenirle algun daño, que su corazon religioso no temia.

No era su devocion semejante á la de los hi-

pócritas que reprendió Jesucristo, porque le honraban con los lábios, y le deshonraban con el corazon. Su alma pura esperimentaba todo el placer de la virtud, y una devocion sólida trasladaba á su corazon los sentimientos de un Rey penitente. La gratitud, la adoracion, el respeto, la compuncion y el amor, que son los sentimientos que inspiran los Cánticos Sagrados, eran los afectos, que agitaban dulcemente su alma. Su fe le hacía ver presente en este santo templo la Magestad de Dios, que aunque oculto bajo un velo misterioso, se complace en escuchar nuestras oraciones, y recibir nuestro culto y nuestros sacrificios, y se admiraba de ver, que el que circunscribe los cielos y la tierra, se contuviese en el ámbito pequeño de este templo, y fuese tan mezquinamente obsequiado de sus adoradores.

Respetando así el culto público, condenaba las mácsimas de una economía insensata, que proclama inútiles y gradúa escesivos los gastos que se invierten en mantener el decoro del templo y la Magestad del Culto. ¿Quién creería que en el siglo 19, en el que la historia del mundo es ecsaminada por la crítica mas severa, se reprobaría la práctica constante de todas las naciones y de todos los pueblos? ¿Quién pudiera creer, que en el siglo 19, en el que ha hecho la filosofia un vuelo tan rápido, ha descubierto en la naturaleza secretos hasta ahora desconocidos, y ha subido á los cielos, y casi fijado las leyes que los dirigen, se había de desconocer el respeto con que debe ser tratado el autor Omnipotente y Sábio, que todo lo dispone y gobierna? ¿Quién habia de creer que en este siglo, en el que se conoce la nobleza y dignidad del hombre, se pueda desconocer que nunca es mas grande que cuando se postra reconocido ante el Dispensador Eterno de to-

dos los dones? ¿Quién creería que en este siglo, siglo filosófico, se habia de ofender á la razon, haciendo al hombre semejante á las bestias? ¿Quién pudiera creer que este siglo decoroso y estremadamente delicado, que se complace en la magnificencia de los monumentos públicos, en el órden y hermosura de las ciudades, que trata con indulgencia, y aun recomienda el lujo público, habia de mirar con desden el decoro del templo, y la pompa mezquina de su culto y de sus sacrificios? Mezquina, sí. ¿Qué es este templo á vista de la Magestad del Dios, que habita en él? ¿Qué son estos adornos, no ya respeto de aquel, que descansa sobre las alas de los Serafines, sino de la magnificencia que se despliega en los palacios de los Grandes y de los Príncipes de la tierra? Adoremos á Dios en espíritu y en verdad. El no solo es el autor de nuestra redencion, sino tambien lo es de nuestra vida, de nuestra conservacion, de nuestra salud, de nuestras riquezas, y de los frutos con que nos regala la tierra. Un siglo sensible debe ser reconocido.

Así procuró serlo nuestro Difunto, manifestándolo por la veneracion profunda con que asistió sin interrupcion á los actos públicos de la Religion, cuyo decoro procuró sostener, contribuyendo á ello con sus rentas, con el mismo desprendimiento con que las prodigó á beneficio de los necesitados.

Debemos amar á todos los hombres en verdad y con las obras. El Evangelio impone esta obligacion á todos los fieles, y ha sido especialmente recomendada por los Cánones á los partícipes de los bienes de la Iglesia, porque siendo estos el precio de los pecados, el patrimonio de los pobres, y las ofrendas de los fieles, no pueden ser destinados sin sacrilegio á usos profanos: y

todo lo que sobra á la cóngrua y decente sustentacion del Canónigo, es de la Iglesia y de los pobres. Así lo conoció el Sr. Dean, y así lo practicó.

Yo me considero dispensado de convencer esta verdad ante un pueblo que ha sido testigo de la profusion, con que este hombre estraordinario prodigaba sus rentas para beneficio de los indigentes. La fama ha llevado estos hechos con gloria á toda la Nacion, han penetrado en los pueblos estraños, y los papeles públicos los han celebrado, rindiendo este homenage solemne á la virtud. Este desprendimiento generoso fue el que arrancó las lágrimas de los pobres el dia de su fallecimiento, el que hacía salir de los lábios sencillos las palabras, *murió el Santo*, y causó á todos el sentimiento de que hubiese perecido el consolador de los desgraciados. Estas son las rosas que adornan su sepulcro, y la inscripcion que conservará su nombre en las generaciones futuras.

En efecto, este era el sentimiento que dominaba en su corazon: á él cedia hasta su profunda humildad. Manifestó mas de una vez disgusto por no haber admitido los Obispados, para que fue nombrado, porque le hubieran proporcionado rentas mas pingües, con que poder socorrer á los pobres. Por estos era toda su solicitud: no se contentaba con auxiliar abundantemente á los que se acercaban á él; sino él mismo los buscaba, y deputaba personas que averiguasen donde gemía el enfermo y desvalido, para consolarle: no con esas limosnas mezquinas que remedian la necesidad del momento, y al siguiente se esplica con nuevos rigores; sino con la generosidad de un alma que llora con el que llora, y enferma con el enfermo. Su caridad adornada de todas las hermosas circunstancias con

que la califica S. Pablo (1), era paciente: ya le veíamos en las puertas de su casa, en las calles públicas, y en este templo rodeado de pobres, que aunque importunos, jamás le incomodaron; les trataba con benevolencia, y á los pequeñuelos con agasajo; parecía un Padre rodeado de sus hijos, que le piden el sustento, y él se lo dispensa con ternura. Jamás ecsaminó el semblante del pobre: su prudencia se limitaba á convencerse, si la necesidad era verdadera. Entonces no veía mas que á un hijo de Jesucristo, á un hermano suyo, y era socorrido con liberalidad. ¿Pero lo hacía tocando la bocina para que fuesen celebradas sus obras? La gratitud es la que nos ha revelado esos misterios de caridad, que él deseaba permaneciesen ocultos bajo un velo impenetrable. *No digas quien te envia*, era el encargo que llevaban los portadores de sus dones, y retiró su confianza de algunas personas, por haberle designado como autor del beneficio. No buscaba su propia gloria, sino la de Jesucristo, no ambiciona la alabanza de los hombres, sino hacerse digno del amor del Padre Celestial.

En las desgracias públicas ardia su caridad á proporcion del peligro. En las diferentes epidemias que ha sufrido esta Ciudad en su tiempo, su caridad mitigaba los ardores de la fiebre, burló mas de una vez los ataques de la enfermedad, y su dinero proporcionaba alimento, medicina y abrigo á tantos, que hoy son el apoyo de sus hijos, ó el consuelo de sus familias, que hubieran perecido á la violencia de la enfermedad. Los jóvenes hallaban en él un padre, que les proporcionaba lo necesario para celebrar sus matrimonios, que tal vez no se hubieran verificado, con detrimento de las costumbres públicas. Las Vír-

(1) *Epist. 1. ad Corinth. cap. 13. v. 4. et seq.*

genes consagradas á Dios en el retiro del cláustro, hallaban en él el remedio cierto de sus necesidades, y algunas han sido establecidas por su liberalidad. No me atrevería yo á enunciar este hecho desde la Cátedra de la verdad, sino la hubiera justificado plenamente con muchas personas, que viven, y estan dispuestas á dar un testimonio público. No hay en Sevilla Monasterio pobre de Religiosas, que no haya esperimentado los efectos de su beneficencia. Esos rumores que divulgaban, que el Sr. Dean miraba con desden á las Religiosas, carecen de fundamento. El que no hacía distincion de griego, ni de bárbaro, no podia hacer una separacion tan odiosa. ¿Y cómo era posible que un hombre tan sábio, y de una piedad tan sólida, negase sus limosnas á esos asilos de la piedad y de la inocencia? Nó. La caridad del Sr. Dean era semejante al Sol, cuyos benéficos rayos fecundan sin distincion toda la tierra.

Estos sentimientos, que le acompañaron toda su vida, fueron los que le agitaron en su última enfermedad. Los pobres fueron los que ocuparon y llenaron su corazon. Entre todo cuanto ecsiste en el Universo, esta separacion era la que le molestaba; quiere que se les entregue todo cuanto ecsiste en su poder, que se les repartan hasta los muebles de su casa, manda limosnas á los Sacerdotes indigentes, habla, medita, consulta... quiere morir absolutamente pobre, su alma se agita dulcemente por estos sentimientos generosos, que le consuelan en los brazos de la muerte; levanta sus hojos al cielo, se reanima su esperanza á vista de los amigos que ha ganado para que le reciban en los eternos tabernaculos, y muere en el seno de la caridad.

¡Qué sereno vería el semblante del Juez, el

que había alimentado al hambriento, vestido al desnudo, consolado al afligido, visitado al enfermo y sido el remedio de todos los necesitados! Vuestra sentencia, Dios mio, sería de bendicion y de vida. Asi muere el justo, y su memoria no se encierra con él en el sepulcro; será celebrada en todas las generaciones, y se repetirá su nombre con respeto.

Tal es el premio debido á un sacerdote fiel, que procuró instruirse en la sabiduría cristiana, dirigiendo todos sus conocimientos á la gloria de Dios y á la instruccion de los fieles; que huyó de la ciencia vana y peligrosa, que alejándose de Dios, corrompe la fé y destruye las costumbres. Las suyas fueron inocentes y sencillas; fue un sacerdote devoto, sincero, penitente, humilde, manso, sencillo, prudente y caritativo; y un Canónigo perfecto por el celo y la fidelidad con que desempeñó los graves y delicados encargos que le confiaron sus prelados, y este Ilmo. Cabildo; por su asistencia constante, religiosa y devota á los actos públicos de la religion; por su desprendimiento, y por la liberalidad con que dispensó sus rentas para el alivio de los necesitados.

¿Deberé yo reflecsionar en este momento, que solo es grande y permanente lo que vive en el seno de Dios? No. El mundo convertido por el pecado en un sepulcro que se ha tragado todas las generaciones, que ha reducido á polvo á todas las dignidades, las victórias, las conquistas y las coronas; en el que el pobre goza el mismo reposo que el opulento; que ha confundido al sábio con el ignorante, el fuerte con el débil, al orgulloso con el humilde, al valiente con el pusilámine, y en el que los despojos del santuario se han mezclado con las ruinas del Egipto, nos recuerda, que todo es nada, que nuestra vanidad

y nuestras ilusiones son un error, y que solo la virtud tiene una ecsistencia real y verdadera. La virtud cristiana, que es la que ennoblece el alma y la diviniza, contra la que nada puede la corrupcion, porque ha salido del seno mismo de Dios; Dios la fecunda en nuestro corazon, y debe volver al principio de donde ha salido. Las afeccioncs terrenas no la manchan, sino la purifican. Inaccesible á los embates de los elementos, y superior á la muerte, bate sus alas misteriosas, y con un vuelo rápido y sublime penetra en la eternidad, para vivir allí para siempre.

¡O Dios suave, benigno y consolador! dignaos recibir en vuestro seno el alma inmortal de este varon misericordioso, á quien Vos habeis prometido, que hallará misericordia. Pronuncien vuestros lábios la sentencia de bendicion y de vida. Si alguna mancha ven en ella vuestros ojos, esos ojos tan puros, que la ven en los Serafines, rociadla con la sangre de vuestro hijo, que se ha derramado sobre ese altar y clama á favor de vuestro siervo. Quedará mas blanca que la nieve, y digna de gozar del torrente de delicias, que habeis prometido á los que os temen y reverencian vuestro santo Nombre. AMEN.